IMAGEN PRIMERA Y SUCESIVA DE ANTONIO MACHADO

1. EN LA CALLE.

Yo no conocí a Antonio Machado hasta muy tarde, casi dos años después que a Juan Ramón Jiménez. Con mi hermana Pepita, mi pobre hermana Pepita, hoy joven viuda de la guerra de España, sabía de memoria sus poemas, que recitábamos en nuestras inseparables, puras mañanas del Jardín Botánico, el Retiro, la Moncloa, frente al crestado y níveo Guadarrama. Ningún paisaje como éste, tan de Machado, para repetir de recio su amor a la ancha y abierta serranía, divisora de las dos Castillas.

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas
que yo veía en el azul pintada?

En 1924, alguien que ya no quiero nombrar me dijo:

—Preséntate al Premio Nacional de Literatura. El jurado es muy bueno. Forma parte de él, con Gabriel Miró, Menéndez Pidal y Moreno Villa, Antonio Machado. A lo mejor te dan el premio.

Aquel "a lo mejor" que mi hoy examigo añadiera, se me quedó brillando en la cabeza como una posible rendija de esperanza.

Por entonces, un entonces de lesión pulmonar, de escasez y desorden físico míos, yo andaba casi siempre por las sierras de España, buscando en su aire puro de resinas el alimento remozador y fuerte, necesario para mi sangre. Así, cuando me animé a presentarme al concurso, lo hice desde los montes de Córdoba, desde Rute, un extraño pueblo de locos, muy buenos aguardientes y olivares. Guardaba yo hacía algún tiempo mi primer libro, inédito, de poesías, *Mar y tierra*, cuyo título cambié por el de *Marinero en tierra* al publicarlo luego. Para mayor seguridad, acongojado de un terror infantil a que se perdiera, se lo mandé a aquel cubano tierno, inteligente y entusiasta, que por aquellos años vivía en Madrid, José María Chacón y Calvo, quien tuvo que sobornar a no sé qué empleado del Ministerio, ya que la fecha de admisión de originales había terminado, llegando el mío con casi una semana de retraso. Después, y en espera del fallo del jurado, me eché a dormir, escéptico, convencido de la inutilidad de semejantes premios literarios, temeroso de las injusticias, atormentado, además, de remordimientos ético-estéticos por haber caído en la tentación —"como cualquier poetastro", me decía— de presentarme a tal concurso.

Pasados varios meses de reposo por aquellos trágicos montes cordobeses, volví a Madrid. ¡Pero qué vuelta para mí, entonces, con mis veintidós años, ostentando, a poco de llegar, en la cartera —la primera de mi vida— aquellas cinco mil pesetas del premio, las que, voy a confesar en un paréntesis (me gasté casi íntegras en helados con una serie de raros e imprevistos amigos, salidos hoy no sabría decir de dónde).

En seguida fuí a saludar, para darle las gracias, a Gabriel Miró, que ya conocía, visitando también a D. Ramón Menéndez Pidal y a José Moreno Villa. Pero, como era natural, a quien más quería agradecer su voto era a Antonio Machado. Me presenté en su casa, sin aviso. No estaba.

No vivía en Madrid. Su madre, una anciana pequeñita y fina, me lo dijo:

—Mi hijo anda por Segovia. Viene muy poco por acá. Es difícil verle.

Pasó algún tiempo. Del Ministerio de Instrucción Pública retiré el original de mi libro, adquirido por la Biblioteca Nueva para su publicación. Al andar, por la noche, revisándolo en mi cuarto, cayó de entre sus páginas un papelillo amarillento, medio roto, escrito con una diminuta letra temblorosa. Decía:

MAR
y
TIERRA

Rafael Alberti:

Es, a mi juicio, el mejor libro de poesías presentado al concurso.

Antonio Machado.

¡Con qué alegría y estremecimiento leí y releí aquel hallazgo inesperado! Todavía lo conservo en la primera página de un ejemplar viejísimo de mi *Marinero en tierra*, lo único que por casualidad salvé conmigo de la guerra española.

★

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—...

Así se retrataba el poeta en versos ya famosos; pero yo seguía sin conocerle ni de lejos. Me sabía, eso sí, de memoria una sola foto suya, aparecida al frente de sus poesías, en edición de la Residencia de Estudiantes: un Ma-

chado, aún bastante joven, grave y triste, con cara de caído de la luna, saliendo de un alto cuello duro chimenea, corbata de plastrón, anticuado, anacrónico.

Poco a poco, aquel precipitado deseo de conocerle se me fué calmando, descendiendo a ese fondo donde esperan, dormidas, las cosas que no lograron su final, satisfacer su luz, cumplirla. Pero todo, de pronto, vuelve a emerger, a irrumpir, llamado desde fuera, desde la superficie menos sospechada. Subía yo una mañana por la calle del Cisne, cuando por la acera contraria vi que bajaba, lenta, una sombra de hombre, que, aunque muy envejecida, identifiqué sin vacilar con la del retrato de Machado perdido en mi memoria. Bajaba, lenta, como digo, con pasos de sonámbula, de alma enfundada en sí, ausente, fuera del mundo de la calle, en la mañana primaveral sonante a árboles con pájaros.

"Es él, es él", me dije. "Si no me atrevo ahora a saludarle, a conocerle, no lo haré ya jamás." Y mientras cruzaba, sofocado, de acera a acera, me fuí recitando varias veces los dos primeros versos del retrato que Rubén Darío le dibujara tan admirablemente:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.

Aquél era, aquélla era: sombra misteriosa, silenciosa sombra de poeta que yo iba a osar detener un instante.

—¿Don Antonio Machado?

No olvidaré nunca los silencios que tardó en responderme con dos "Sí, sí" espaciados, como si hubiera tenido que hacer un llamamiento a la memoria para acordarse de su nombre.

—Rafael Alberti... Quería conocerle y darle las gracias...

—¡Ah, ah! —repitió, todavía mal despierto, tomándome la mano—. No tiene usted que agradecerme nada...

Y ausentándose nuevamente, perdida sombra entre las laberínticas galerías de sí mismo, "mal vestido y triste", lo vi alejarse en la mañana de nuestro primer encuentro, calle del Cisne abajo...

2. EN SU POESÍA.

La casa tan querida
donde habitaba ella,
sobre un montón de escombros arruinada
o derruída, enseña
el negro y carcomido
maltrabado esqueleto de madera.
La luna está vertiendo
su clara luz en sueños que platea
en las ventanas. Mal vestido y triste
voy caminando por la calle vieja.

Sí, "mal vestido y triste" iba siempre el poeta de las *Soledades,* con aire siempre de venir de provincia, de la "Soria fría" castellana, donde conoció a su esposa y adonde la perdió. Es esta muerte sola la que va a impelerle a caminar, como el "fantasma irrisorio" de sus versos, por esos largos corredores misteriosos, de oscuras bóvedas resonantes, sintiendo voces conocidas, como Bécquer, y la tibieza de una "mano de nieve" guiadora.

Desde el umbral de un sueño me llamaron.
Era la buena voz, la voz querida...

Sí, era dejado y triste este noble poeta. Pero su dejadez, su abandono exterior le venían del alma: alma desnuda, espíritu olvidado de su cuerpo, a quien lo conformaba con el atuendo más humilde. Su tristeza no era la literaria de cierta poesía, contemporánea suya, a la que nunca cuadró mejor el título de "modernista". Era tristeza fuerte de va-

rón, de hombre sufrido, socavado en lo hondo de las raíces. Tristeza de árbol alto y escueto, con voz de aire pasado por la sombra. Y con la naturalidad, con la llaneza propia de lo verdadero, de lo que no ha brotado en la tierra para el engaño, hizo sonar sus hojas melancólicas en sus poemas. Hay que remontarse —como ya se viene repitiendo— hasta Jorge Manrique para encontrar en castellano manantial más auténtico, más natural en su fluir. Hubo muchos poetas que consiguieron lo más fácil: hablar en verso, pero él, en cambio, logró lo más difícil: hablar en poesía. Por eso digo que este venero suyo va a confluir con el más límpido de Jorge Manrique, hermanándose, ramificándose ambas aguas bajo la arena tornadiza de cinco siglos. ¡Con qué sereno acento familiar, con qué segura voz de hablada poesía va encadenando el viejo poeta guerrero del siglo XV sus desesperadas preguntas en las inmortales coplas dedicadas a la muerte de su padre, el Maestre de Santiago!

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

Hay que bañarse un sólo instante en el lago de Bécquer, poeta casi siempre del vocablo directo, para ir a dar en ese río de Machado y hallar en él, como digo, ¡y con qué plenitud!, esta misma sencillez de tono, parecida voz del alma, parecido temblor, austeridad y grandeza.

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora! —grité—... El silencio
me respondió: —No temas...

Antonio Machado no amaba lo barroco, contra el cual arremete por boca de su Juan de Mairena. Era el anti-Góngora, aunque él reconociera la genialidad del poeta cordobés. Era, podríamos decir, el anti-Renacimiento, en lo que éste tuvo para España de corteza verbal, de suntuosidad y grandilocuencia. Él mismo nos dejó dicho en un poema que su poeta favorito, el primero de todos, era el viejo Gonzalo de Berceo:

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.

Y como andaluz, niño de infancia por jardines y patios del Palacio de las Dueñas de Sevilla, había bebido en el cántaro fresco de la copla popular, de la pasión directa, sin adorno, de la sentencia sabia, sin disfraces, subida escuetamente de la garganta honda de su pueblo. De ahí su preferencia, su escape continuo hacia los metros cortos, o hacia "la rima pobre", como dice en una canción; su tendencia a las asonancias, a la cadencia de romance, incluso cuando emplea los metros mayores, como el alejandrino, o el endecasílabo jugado con el heptasílabo, como silva asonantada.

Un ejemplo de canción simple, de su natural habla andaluza:

Érase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.

Estaba el jardín en flor,
y el marinero se fué
por esos mares de Dios.

Y las silvas asonantadas, romancescas, de los Campos de Soria:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón tristeza...

Así, mal vestida y triste, pobremente vestida, con un traje que de tan pobre nos transparenta ya la desnudez, anda también la poesía de Machado. Pero esa modestia, esa humildad de medios, esa diaria escasez son su inmensa riqueza, el tesoro que nos ha dejado y que cada día que pasa logra una nueva altura y mayor resplandor.

3. EN EL CAFÉ.

La segunda vez que vi a Antonio Machado fué en el Café Español, un viejo café siglo XIX, que había frente a un costado del Teatro Real, de Madrid, cerca de la Plaza de Oriente. Empañados espejos de aguas ennegrecidas recogían la sombra de estantiguas señoras enlutadas, solitarios caballeros de cuellos anticuados, pobres familias de la clase media, con ajadas niñas casaderas, tristes flores cerradas contra el rendido terciopelo de los sillones.

Un ciego, buen músico, según el sentir de los asiduos, tocaba el piano, mientras que una muchacha regordeta iba de mesa en mesa buscando el convite —un café con tostada, acompañado de algún que otro pellizco furtivo— de los ensimismados admiradores de su padre. Desde la calle, llovida y fría de enero, tras los visillos iluminados de las ventanas, adiviné la silueta de Machado, y entré a saludarle.

Yo venía de una pequeña librería íntima, cuyo librero, gran amigo de los jóvenes escritores de entonces, acababa de conseguirme un raro ejemplar de los poemas de Rimbaud, sintiéndome infantilmente feliz aquella tarde sabiéndolo apretado bajo mi gabán para librarlo de la lluvia. Machado me saludó muy cariñoso, ofreciéndome en seguida un asiento a su lado, mientras me presentaba a sus contertulios. Muy ufano, al quitarme el gabán, le descubrí mi precioso volumen, que él ojeó con un débil gruñido aprobatorio, dejándolo luego sobre la silla que a su izquierda sostenía en el respaldo los abrigos y las bufandas. De los presentados, sólo recuerdo hoy a uno: al viejo actor Ricardo Calvo, gran amigo del poeta. Aquella tarde, rara ausencia, no se encontraba allí su inseparable hermano Manuel. Los demás que le rodeaban eran extraños señores pasados de moda y como salidos de alguna rebotica de pueblo. Y así creo que era, pues la conversación, durante el rato que yo estuve, aleteó siempre, cansina, alrededor de cosas provincianas; preocupaciones y cosas bien lejanas y ajenas a aquellas tazas de café que tenían delante: el traslado de algún profesor de instituto, la enfermedad de no sé quién, la cosecha del año anterior, etc.

Al cabo de algún tiempo, observé que Machado fumaba y fumaba bajando, distraído, el cigarrillo hacia el lugar donde yo calculaba debía hallarse posado mi precioso Rimbaud. Con un espanto mal reprimido, quise mirar, primero, por encima del hombro de D. Antonio y, luego, por debajo de la mesa, para cerciorarme de que la poesía del más excepcional poeta de Francia no estaba sirviendo de cenicero a las colillas del gran poeta español. Pero no me atreví, por encontrarlo poco delicado y considerar, además, mis sospechas indignas y exageradas.

¡Ah, pero qué mal hice, qué mal hice! —iba reprochándome poco después bajo los farolones verdes y los altos monarcas visigodos de la Plaza de Oriente.

Mas desde aquella tarde, pude mostrar —no sin cierta

sonrisa melancólica— a cuantas personas han venido pasando por mi casa, mi raro ejemplar de Rimbaud, aún más raro y valioso por las redondas quemaduras que los cigarrillos de Machado le abrieron en sus cubiertas color hoja de otoño.

4. EN LA POLÍTICA.

La época en que vi más a Machado fué la del Café Varela, adonde del Café Español había trasladado su melancólica tertulia. Allí conocí más de cerca a Ricardo Baroja, el dibujante hermano de D. Pío, tratando un poco más íntimamente a Manuel, el inseparable hermano del poeta. Manuel Machado, cuya *p* de poeta nunca logró alcanzar ese tramo más alto de la mayúscula de Antonio, era el mismo ágil, simpático y gracioso de sus poemillas y coplas, llenos de quiebros y requiebros, de cortes y recortes, de ángel y salero del más puro sevillanismo: un verdadero torero de la poesía, mejor peón que espada, siempre dispuesto al oportuno quite, al lujoso e insuperable par de banderillas. Ya todo esto nos lo había dicho él en su "Retrato":

Me acuso de no amar sino muy vagamente
una porción de cosas que encantan a la gente...
La agilidad, el tino, la gracia, la destreza,
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza...
Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—
con Montmartre y con la Macarena comulgo...
Y antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero.

Pero esta misma ligereza suya, esta facilidad para salir por pies le perdieron. Así, cuando los cuernos del toro de la guerra le anduvieron de cerca, rozándole la taleguilla, saltó del todo la barrera, tirándose de cabeza al callejón, de donde ya no se atrevió a salir —habiendo quizás podido

intentarlo—, apagándosele y apagándosenos definitivamente, dentro de aquella estrecha y dura sombra, las sedas y las luces de su traje. Fué el hermano preferido de Antonio, a quien éste quería de manera entrañable. En Madrid, siempre se les veía juntos. Pero si el hombre Antonio era el valor reposado, sereno, de claros ojos para mirar las cosas, el hombre Manuel, en cambio, menos profundo, más venal y marchoso, era —como sin broma nos lo había dicho ya en su "Retrato"— la comodidad, lo muelle, lo sensual, intentando, en muchas ocasiones, frenar aquella decisión tan espontánea y generosa de su hermano.

Yo volvía por entonces —1933— de Francia y Alemania, habiendo visitado también la Unión Soviética, viaje de cerca de dos años que me había hecho comprender, viviéndola y sufriéndola, la trágica realidad de Europa, y aún más a lo vivo la de España. Regresaba otro: nuevo concepto de todo, y como era natural, del poeta y de la poesía. Con mi mujer fundé la revista *Octubre*, la primera española que dió el alerta en el campo de la cultura y que agrupó a una serie de jóvenes escritores, cuyo sentido del pueblo cada vez se fué haciendo menos vago, menos folklórico, es decir, más directo, real y profundo.

Una tarde del Café Varela me decidí, no sin cierta cortedad, a pedirle a Antonio Machado una colaboración para *Octubre*. Lo que él quisiera: verso, prosa, un saludo, cualquier minúsculo trabajo. Nuestra sorpresa fué grande cuando a los pocos días me envió a casa un corto ensayo —que para mayor halago mío me dedicaba—, bajo este sorprendente e inesperado título: "Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia" (trabajo que no he visto reproducido en ninguna de las ediciones de la obra del poeta publicada en el destierro). En él, Machado, poniéndolo, como siempre, en boca de su Juan de Mairena, nos hablaba ya del poeta del tiempo, de su esperanza en una poesía, expresión o síntesis, no del sentimiento individual, sino del colectivo. Cuando Machado escribía esto, ya había aprendido mucho

"por aquellos pueblos de Dios" de su meseta castellana. No era tan sólo entonces el poeta de las *Soledades*, lo era ya de *Campos de Castilla* y de *Nuevas Canciones*. Los hijos de aquel Alvargonzález de su romance le habían mostrado, con una grandeza de tragedia antigua, el crimen de que es capaz la labriega ambición hasta por una exigua herencia en aquellos pobres y amargos campos —el trozo de planeta por donde él viera cruzar, errante, la sombra fratricida de Caín—.

Sí, Machado había visto, gastado mucho con sus plantas cansinas los terrones malditos de aquellas duras tierras. Y de aquel su primer sentido o sentimiento, casi cristiano, de la pobreza resignada de los atónitos palurdos de Castilla, había subido a comprender toda la triste y desgarrada miseria de España, la humana y urgente necesidad de trocar ese Ayer y aquel Hoy en un Mañana diferente. Y su esperanza la clavó, primero, en la República, trabajando, hasta activamente, por su advenimiento, llegando a organizar mítines por los pueblos e izar con otros republicanos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia, días gloriosos que Juan de Mairena recuerda nostálgico durante la guerra:

¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia! Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada, o en un romance infantil.

La primavera ha venido
del brazo de un capitán.
Cantad, niñas, en corro:
¡Viva Fermín Galán!

Luego, después de la experiencia de la guerra, Antonio Machado, de vivir, hubiera ido muy lejos. No se le escapaba que España era, de toda Europa, el país destinado, el más predestinado para una revolución profunda. Pero... si ya no podrá verla, ésa será la única que vaya a recordarle y a escribir por sus muros —como los griegos con letras de oro los versos de Píndaro— muchas palabras suyas, nuncios de aquella alba que con él esperábamos.

...España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva Epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.

5. EN EL 5º REGIMIENTO.

En los días grandes y heroicos de noviembre, el glorioso 5º Regimiento, flor de nuestras milicias populares, se ufanó en salvar la cultura viva de España, invitando a los hombres leales que la representaban a ser evacuados de Madrid. A la Alianza de Intelectuales se le encomendó, entre otras, la visita a Antonio Machado para comunicarle la invitación. Y una mañana bombardeada de otoño, el poeta León Felipe y yo nos presentamos en su casa.

Salió Machado, grande y lento, y tras él, como la sombra fina de una rama, su anciana madre. No se comprendía bien cómo de aquella frágil diminuta mujer pudo brotar roble tan alto. La casa, lo mismo que cualquiera, rica o pobre, de aquellos días de Madrid, estaba helada. Machado nos escuchó, concentrado y triste. "No creía él —nos dijo al fin— que había llegado el momento de abandonar la capital." ¿Escasez,

crudeza del invierno que se avecinaba? Tan malos los había sufrido toda su vida en Soria u otras ciudades y pueblos de Castilla. Se resistía a marchar. Hubo que hacerle una segunda visita. Y ésta, con apremio. Se luchaba ya en las calles de Madrid y no queríamos —pues todo podía esperarse de *ellos*— exponerlo a la misma suerte de Federico.

Después de insistirle, aceptó. Pero insinuando, casi rozado de pudor, con aquella dignidad y gravedad tan suya, salir también con sus hermanos Joaquín y José...

—No tiene usted ni que indicarlo... El 5º Regimiento le lleva con toda su familia...

—Pero es que mis hermanos tienen hijos...

—Muy bien, don Antonio...

—Ocho, entre los dos matrimonios —creo que dijo.

Mas aunque en Madrid había otro organismo, la Junta de Evacuación, que se ocupaba de los niños, fué el 5º Regimiento quien salvó a toda la familia de don Antonio, llevándola a Valencia.

Y llegó la noche del adiós, la última noche de Machado en Madrid. ¡Noche inolvidable en aquella casa de soldados! Se encontraba allí lo más alto de las ciencias, las letras y las artes españolas —investigadores, profesores, arquitectos, pintores, médicos...— al lado de los jóvenes comandantes del pueblo Modesto y Líster, ambos aún con aquel traje entre civil y militar de los primeros días. Con una sencillísima cena, aquellos héroes, a quienes su vida y condición no habían permitido seguramente poner la planta en un museo, ver un laboratorio, cruzar siquiera un patio de instituto, despedían a los hombres que tal vez iban mañana a enseñar a sus hijos lo que ellos nunca pudieron aprender. Afuera, el corazón de España latía a oscuras, con su alto cielo de otoño interrumpido ya de resplandores de los primeros cañonazos. Por los arrabales extremos —Toledo, Segovia, Cuatro Caminos, Ciudad Universitaria—, por los alrededores de la ciudad —Puente de los Franceses, Casa de Campo, El Pardo— se cubrían de balas y de gloria, junto con las milicias popula-

res y las brigadas internacionales, los defensores espontáneos de Madrid. Y, mientras, en aquel saloncillo del 5º Regimiento, en medio del silencio que dejaba de cuando en cuando el feroz duelo de la artillería, un hombre extraordinario, aún más viejo de lo que era y erguido hasta donde su vencimiento físico se lo permitía, con sencillas palabras de temblor, agradecía, en nombre de todos, a aquellos nobles soldados, que así preciaban la vida de sus intelectuales, repitiendo razones de fe, de confianza en el pueblo de España. Hoy, pasados tan largos y catastróficos años, no puedo recordar con precisión lo que Machado en tan breve discurso dijo aquella noche. Quizás se encuentre escrito en algún lado. Pero de su sencilla despedida no he podido perder —ni perderé ya nunca— el instante aquel en que don Antonio, con una sinceridad que nos hizo a todos brotar las lágrimas, dirigiéndose a Líster y a Modesto, ofreció sus brazos —ya que sus piernas enfermas no podían— para la defensa de Madrid. Poco más tarde, desde su huertecillo de Valencia, escribía el poeta, insistiendo una vez más en su creencia ciega en el pueblo de España:

"En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre."

6. EN VALENCIA.

La última vez que vi a Antonio Machado fué en Valencia, en aquella casita con jardín, de las afueras, que su Gobierno le había dado. Su poesía y su persona ya habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin que habría de llevarle poco después hasta la muerte. La fe en su pueblo, aunque ya antes la hubo dicho, la escribía entonces a diario, volviendo nuevamente a adquirir su voz aquel latido

tan profundo, de su época castellana, ahora más fuerte y doloroso, pues el agua de su garganta borboteaba con una santa cólera envuelta en sangre. Mas, como siempre, a él, en apariencia, nada se le transparentaba. Estaba más contento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus hermanos y aquellos sobrinillos, de todas las edades, que lo querían y bajaban del brazo al jardín, dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo. Desde los limoneros y jazmines —¡oh flor y árbol tan puros en su verso!— cercana, aunque invisible, la presencia del mar Mediterráneo, Machado veía contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia, bajo el constante moscardoneo de los aviones de guerra.

Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
pajarita de cristal.

Ámbar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana
morada en el mar tranquilo.

Ya es de noche en el jardín
—¡el agua en los atanores!—
y sólo huele a jazmín,
ruiseñor de los olores.

¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar!

Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¡estaré contigo,

cuando mirarte no pueda,
donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta!

...Y no pudo mirarla más, pues el poeta era ya una elegía, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá, solo, en Colliure, un pueblecillo cualquiera de Francia, cercano al mar, vino la muerte a tocarle, al borde de su "arreado" pueblo heroico, como a un soldado más, lo que real y humildemente llegó a ser.

Desde entonces, allí, en otra tierra, y no en la suya junto al Duero, como él había soñado, esperan sus huesos.

7. ENTRE LOS ÁLAMOS ARGENTINOS.

¡La alameda de El Totoral! Me gusta más que ningún otro paseo de los posibles en este viejo pueblecito de Córdoba que me tiene en mi espera de retorno a la patria perdida, esta calle de álamos lombardos, de chopos, como diríamos en España. La calle arranca de la portada de dos antiguas quintas, yendo a finalizar, aunque ya bordeada de jóvenes paraísos, en la carretera que sigue a Santiago del Estero. ¡Calle amorosa y fresca, que cuando se le viene encima el viento sur cruje toda como un navío! Me la conozco, me la sé bien de dejarle mis pasos en su ablandada tierra invernal o en su fino polvo de los veranos. Me sé sin falla el número de sus troncos, de los que aún continúan levantando cortina contra los vendavales y de los derribados por éstos, con esa larga quejumbre de cosa humana que se extrae, que se descuaja de la profunda raíz terrena. Me sé también sus altos nidos de loros rayadores, la rama favorita del zorzal, la vara vigía para los benteveos. Trepan por las alambradas y los álamos de uno de sus bordes los pinchosos escaramujos de aéreas flores coloridas, enmarañados en los rápidos ligustrines de semillas moradas, dejando ver

a trechos los maizales nacientes, las higueras oscuras, cuando no la cabeza melancólica de algún caballo o una vaca, de la quinta de Aráoz Alfaro. Al otro borde, más desprovisto de verde protector, se abren cuadrados campos de alfalfares y ordenadas verduras de los huertos. Cuando en las noches, acompañado de Tusca, mi nueva perra, voy golpeando a ciegas con la fusta las yerbas que a ambos lados corren formando acera, siempre domina un duro aroma como a anís descompuesto, brotado de los fuertes hinojos al sentirse heridos. Es en las noches de verano cuando más exaltada y solitaria se encuentra esta alameda. Los álamos se alargan hasta meterse en lo más hondo del azul estrellado, llegando las estrellas a temblar como hojas de sus ramajes. Me desorienta todavía el cielo de este hemisferio austral cuando lo miro. Busco, nostálgico, constelaciones que no encuentro, que yo sé que no están, estrellas familiares, que se quedaron por el otro, esperándome. ¿Dónde andará aquella Osa Mayor, que se iba abriendo, grande, con el girar de las horas, hasta correr, hacia la madrugada, en un ancho galope sobre los picos estivales del Guadarrama? La Cruz del Sur, más luminosa aún junto al profundo Saco de Carbón de la Vía Láctea, me mira, recordándome mi suerte. No ando, no, bajo las alamedas, las castellanas choperas de Antonio Machado. Y, sin embargo, su respiro, su aliento rumoroso me transportan, con su nombre, hacia aquellos caminos y lejanías, donde la grave resonancia del poeta se perdía, perdurable, entre las solitarias ringleras de sus árboles más queridos.

En los chopos lejanos del camino
parecen humear las muertas ramas...

Me siento bien, me siento consolado en esta calle de álamos muriéndose de El Totoral. Muriéndose, sí, porque el ventarrón y la sequía, ambos de la mano, impetuosa la de aquél, quemando la de ésta, van metiendo espacios de

cielo, mayores cada vez, entre los troncos. ¡Y qué alegría sin disimulo la de estos desprovistos quinteros por leñear, ahorrándose la dura caminata al monte, el cuerpo exánime del pobre álamo caído, cruzado de un lado a otro de la calle! Siempre me sonarán en la memoria de los entresueños invernales esos golpes de hacha, secos, crujidores, contra la madera todavía caliente.

Una limosna de agua, una humilde y generosa acequia que les mojase el pie podría salvarlos. Cada vez que de lejos nos surgen álamos a los ojos o pasan cerca de nuestro caminar, se piensa al punto en ríos frescos, en risueñas riberas reflejadas, o se escuchan arroyos y regatos contentos del oficio de besar árboles tan hermosos. Mas no sucede así con éstos, abandonados, de El Totoral, muertos de sed y zamarreos de las tormentas.

Dentro de dos, de tres años, quizás esta alameda lo sea sólo de aire. Y para que al menos en el recuerdo de éste quede memoria de los pasos y sentimientos de un español errante, grabo, con mi cuchillo de monte, en la corteza del tronco más erguido: "Alameda de Antonio Machado".